

AL/F. 10-15

AL/F. 10-15



VIOGRAFÍA

DEL

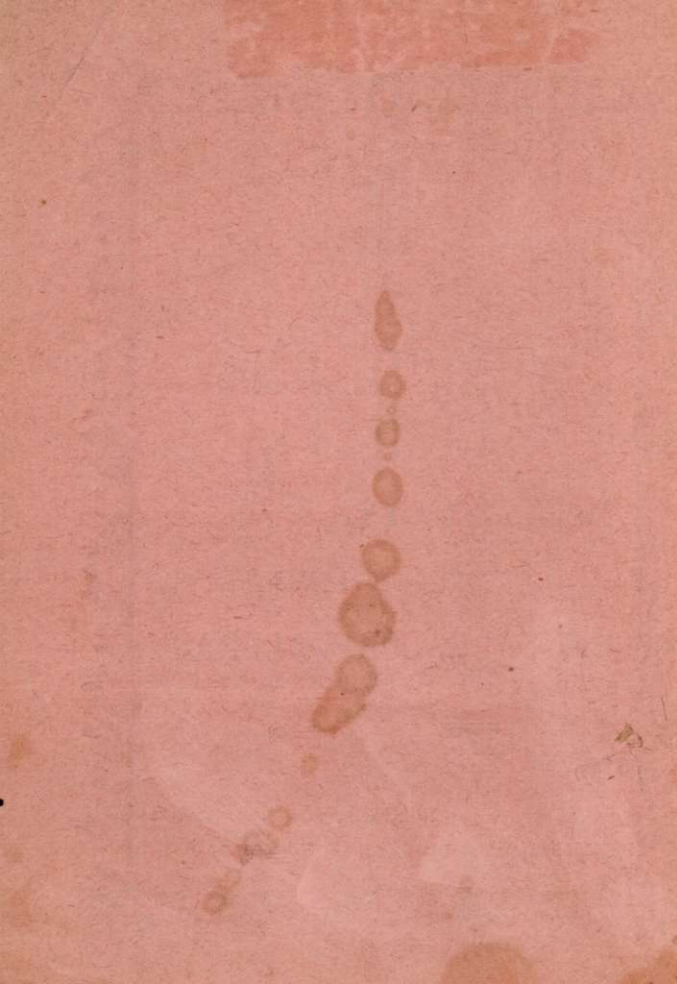
Sor. Cura

D. SALVADOR VALERA.



1889.

IMP. DE LA LIBERTAD: H.—OVERA.



VIOGRAFIA

DE

EL CURA VALERA



Nació Don Salvador Valera Parra, en

esta villa de Huercal-Overa, provincia de Almería, el 27 de Febrero del año 1846. Fueron sus padres modestos y honradísimos labradores, con muy escasos bienes de fortuna; pero haciendo grandes esfuerzos y con muchas privaciones costeáronle la carrera eclesiástica, comprendiendo perfectamente la gran vocación que por ella demostró, desde sus mas tiernos años. No solamente eran necesarias las privaciones

de su familia para el logro de su ideal, era preciso tambien la fuerza de voluntad y la fé inquebrantable del estudiante, para terminar sus estudios con gran aprovechamiento, viendo coronados sus sacrificios y premiada su conducta y aplicación, al recibir, con dispensa de la edad, las últimas sagradas órdenes el año 1838, cantando su primera misa á los 22 años de edad, en la Iglesia del convento de monjas capuchinas de la ciudad de Murcia—Aquel estudiante tan joven, siempre tuvo la formalidad y madurez de un hombre, tanto que al recibir la sagrada investidura fueron muy contados los condicípulos, paisanos ó amigos de la infancia que se atrevían á tutearlo, y esto siempre á solas y con respetuoso cariño.

Dotado por la naturaleza de un carácter nervioso y tal vez violento, supo desde niño dominarlo hasta el punto de que poseyendo, como ningun hombre, todas las virtudes, de ninguna fué tan dueño absoluto, como de la humildad y de la mansedumbre ¡Cuántas ocasiones se le presentaron, en

sū larga existencia y por el espinoso y difícil cargo que ejerció, para que alguna vez pudiera rebelarse su temperamento del señorío que su gran voluntad habiale conquistado! Jamás tuvo un momento en que apareciese ni á su rostro ni á sus modales, la mas ligera sombra de duda ó vacilacion,

En el año 1849 fué nombrado ecónomo del curato de Alhama de Murcia, y en 1854 obtuvo, por oposición, el curato de esta villa—En 1864, por órdenes y ruegos del Sor. Obispo de Murcia Don Francisco Landeira, se encargó del curato de Cartagena, sirviéndolo hasta 1868, en que regresó á su curato y querido pueblo, hasta su fallecimiento, ocurrido á las diez y media de la noche del 15 de Marzo del corriente año.

Sus títulos y condecoraciones son bien contados, y solo estando muerto nos atrevemos á enumerarlos, porque así no tememos herir la esquisita modestia de que estaba dotado—Era caballero de la Real y distinguida órden de Carlos 3.º, Arcipreste

y Examinador sinodal del obispado—Bien poca cosa para sus méritos y relevantes prendas; pero mucho para sus aspiraciones en esta vida, reducidas solamente, á amar á Dios y al prójimo, consolar al triste, socorrer siempre al desgraciado, asistir al enfermo, auxiliar al moribundo y ser el amparo y providencia de todos, ricos y pobres, en sus varias y constantes aflicciones, desconsuelos y miserias—Oh! con cuanta tranquilidad de espíritu, que él nos inspiraba con su palabra y confianza en Dios y en la Virgen, hemos visto pasar tanta calamidad como ha afligido á este pobre pueblo! Epidemias, inundaciones, terremotos sequías y hambres, todo era poco y se llevaba con resignación, ante la seguridad que nos daba que todo habia terminado ante la promesa que nos hacia que Dios se apiadaba de nosotros, ante la confianza que nos inspiraban sus fervientes votos y oraciones por la felicidad de su querido pueblo—¡Cuántos habrán pensado desde que ocurrió su fallecimiento, que quedamos solos y desam-

parados sin su poderoso auxilio, en medio de las catástrofes venideras ! ¿ Porque no hemos de creer, que desde la región serena de la luz y del amor, nos auxiliará y fortificará en nuestras penas y aflicciones?

La muerte que le ha arrebatado de nuestra vida, ha dejado libre su espíritu inmortal, y segun escribía, pocos días antes de morir, Don Antonio Aparisi Guijarro « morir para quien muere en Jesucristo, es saltar en el bajel que aporta á las playas eternas: es dormirse entre los hombres y despertar entre los Angeles » Esperemos, que purificada su alma de las imperfecciones que á su paso por este mundo haya podido contraer, no nos olvidará ante el trono del Omnipotente.

Su vida está plagada de hechos dignos de relatarse que harían interminables estos mal arreglados renglones, como tambien el concepto que sus rarísimas virtudes, merecia á altas y respetables personas. Sin embargo, no podemos por menos, aunque sea ligeramente, de referir algunos dichos y hechos, de cuya veracidad respondemos,

siempre, al parecer, muy nuevo el traje talar y las mangas de la chaqueta, que eran tan estrechas, que no podría tal vez desnudarse de ellas, pero nos han asegurado que jamás llevó nada nuevo, aunque sí muy limpio. Llevaba el hábito talar y le caía también, que le imprimía un sello de majestad y respeto tan grandes, que era imposible pasar por su lado sin descubrirse é inclinar la frente, aun á los que desconocían sus rarísimas y relevantes virtudes, bien es verdad, que él jamás pasó por delante, ni á la vista de nadie sin descubrirse y saludar con la delicadeza y distinción exclusivas en él. Sus formas y lenguaje eran de una estremada educación, respetando hasta con exageración á todas las personas y más aun si estaban erigidas en autoridad. Elevadísimas personas que lo visitaron, no pudieron conseguir que dejara de darles el tratamiento, apesar de que el saludo de aquellas era inclinarse y besarle la mano, venciendo para ello los esfuerzos modestos y delicados que hacía para que tal no sucediese. Citaremos entre otros á una persona de las más eminentes y sabias de

la nación al Exmo. Sor. Don Manuel M^a. José de Galdo, que desde la primera vez que lo vió, quedó tan prendado y entusiasmado de este hombre singular que decía, «yo que on me he inclinado ante nadie, ni ante ninguna majestad, he doblado la rodilla ante el Cura Valera.» Le profesaba un cariño entrañable y una admiración y un respeto, que se complacía en toda ocasiones el Sor. Galdo de prodigarle las frases más cariñosas y entusiasta.

Nunca se desnudó para dormir, y desde que vistió la sotana, no lo vieron jamás sin ella puesta, ni sus amigos, ni sus dependientes, ni aun su misma madre. Su médico D. Antonio Beltran nos ha dicho, y nos lo han corroborado tambien sus dependientes y visitas intimas, que jamás le oyeron exhalar una queja en los diferentes ataques, que efecto de su padecimiento sufría, acompañados siempre de agudisimos dolores, solo le oían «cúmplase la voluntad de Díos y de la Virgen Santísima»

Cuando se le preguntaba por la salud, aun estando muy grave, siempre contesta-

ba con amabilidad suma «regular, regular.»

Era tan grande su amor al prójimo, que las faltas que los demás cometían no las reputaba como tales: él que tan estrechamente juzgaba sus propios actos, juzgaba los de los demás con más suavidad y amor que los padres respecto de sus hijos: se daba el raro caso de ver siempre la paja en sus ojos y no ver jamás la viga en los ajenos.

Su modestia rayaba en el más alto grado. Sucedió, que deseando muchas personas poseer su retrato, siempre esquivaba las exigencias que se le hacían de obtenerlo: pero hijo obediente hasta lo sumo, no pudo negarse á una trama que le fraguaron sus amigos—Se interesaron con su anciana madre para que le pidiera su retrato, y en el acto satisfizo el capricho ó deseo de la que le dió el ser, pero solo mandó uno para ella. Después el fotógrafo sacó los que existen y se hicieron copias que guardamos todos los que tenemos la dicha de poseer alguno, como recuerdo venerado.

¡Cuanto podríamos decir de la conducta

observada durante tantos años, como por dicha nuestra, ha dirigido este curato! ¡cuantas lagrimas ha enjugado! ¡cuantas enemidades ha conciliado! ¡cuantas malas pasiones ha sofocado! ¡cuantas miserias ha remediado! Ha muerto pobre, absolutamente pobre de bienes de fortuna, pero ha dejado un caudal de inmenso cariño, de respeto, de entusiasmo y de lágrimas de agradecimiento.

Era tan grande el respeto que infundia apesar de su modestia y humildad, que vamos á referir un echo que el que escribe estas lineas presencié—Visitaba esta poblacion como de la Diocesis de Murcia, el sabio y respetable Obispo Sor, Landeira, y al terminarse un dia la comida, quedá-vamos muy pocas personas en el comedor: el Sor. Obispo estaba inquieto y como algo contrariado mirando al Sor. Cura, por fin se decidió, sacó un cigarro y con mucha cortedad y como avergonzado dijo estas palabras. «perdoneme V. Sor. Cura, tengo esta debilidad.

Nada más admirable que su oratoria. Era

una conversación familiar, un estilo peculiar y exclusivo suyo, pero tan persuasivo, tan conmovedor y tan lleno de unción evangélica, que era imposible escucharlo sin derramar copiosas lágrimas. En cierta ocasión, predicó en la Iglesia de San Lorenzo de Murcia, acudiendo numeroso público á oír la palabra sagrada de aquel virtuoso sacerdote: todos los circunstantes salieron del templo conmovidos y llorosos y al preguntarle á un gran orador sagrado, de bellísima y correcta palabra y de erudición profunda, sobre el juicio crítico del sermón que acababa de oír, contestó llorando, «no ha dicho nada extraordinario, pero puedo asegurar que jamás me ha conmovido ni afectado tanto la palabra de ningún orador sagrado.»

Podríamos citar muchos casos en que se probó inequívocamente las misteriosas relaciones que en él existían, entre el mundo de la materia y el mundo del espíritu, y la preesciencia y claridad con que su alma presagió en muchas ocasiones, sucesos futuros, pero no acabaríamos nunca.

Puro como un niño, llevó siempre la co-

rona de la castidad, y la túnica sin mancha. Consagró todo su sér y todos los instantes de su vida al amor de Dios y á la salvación de los hombres. No lo encontraríais ni en los paseos, ni en las fiestas, ni en los salones, pero sí en la casa del mendigo y en la cabecera del moribundo—Las pompas, las alegrías y las felicidades del mundo habían muerto para él, se había reservado como un privilegio, el espectáculo de las miserias y de las lágrimas. Así encontró su corona el sacerdote, así encontró el cariño inmenso de este pueblo, así se hizo la manifestación más grande y más solemne, al acompañar su cadáver, endonde no hubo una sola persona que no derramase abundantes lágrimas, así por último, se está dando el espectáculo más tierno y conmovedor, al visitar su cadáver, expuesto en la capilla de esta Iglesia, en la que de noche ni de día se separan un momento de su lado estos habitantes—No os extraño, pues, que muchísimas personas con mano trémula, hayan guardado, como reliquias piadosos hurtos, hechos al cadáver, ó hayan al menos tocado en él

objetos diferentes. —

Desde el momento que cundió la noticia de su muerte, el pueblo en masa acudió á la casa mortuoria, y fué unánime el deseo de que sus restos mortales fuésen enterrados en la Iglesia Parroquial: al efecto salió inmediatamente una persona á comunicar al Señor Obispo de Murcia, la petición del pueblo y se telegrafió al Diputado á Cortes Don Agustin Laserna á este fin. Este Señor, contestó enseguida, manifestando que estaba concedido el permiso, previo el embalsamamiento del cadáver, y al propio tiempo en sentidas frases, unia su sentimiento al inmenso que esta poblacion tenia.

La sociedad Cooperativa y el Casino, no descansaron un momento y allegaron los fondos necesarios para estos preparativos costearon y pagaron todos los gastos y la preciosa caja de Zinc en que se depositó definitivamente, despues de embalsamado. Todos los facultativos de la localidad se prestaron gustosos y gratuitamente, practicando con especial acierto y pericia, apesar de

la falta de los elementos mas esenciales, el embalsamamiento del cadáver. Los maestros y oficiales de albañilería que hay en la población se disputaron el trabajar, de balde, en la bóveda que se abrió en el altar mayor de la Iglesia Parroquial. El martes 19 á las cinco de la tarde, ó sea á los 4 dias del fallecimiento, era imposible el tránsito y ni aun la entrada en la Iglesia: las campanas doblaban pausadamente á muerto era la triste señal de que habia llegado el momento, tan sentido, de despedirse para siempre, de dar el ultimo Adios y de tributar el último homenaje al cadáver, del virtuoso cura párroco. Todo el clero con la cruz alzada salió de la sacristia y se dirigió á la capilla, donde estaba el cadáver y que previamente se habian cerrado las puertas para evitar la aglomeración de gente. Se abrieron de par en par, y todos los socios de la Cooperativa y multitud de personas con velas encendidas, aparecieron rodeando el cadáver, y despues de cantado un responso, se puso, en marcha el cortejo fúnebre y al aparecer el féretro en la Iglesia y en todo el

tránsito hasta depositarlo definitivamente en el sepulcro, se produjo uno de esos espectáculos que la pluma no puede describir: era necesario aquellos gritos desgarradores, era preciso haber sentido aquel copiosísimo llanto en que todos, absolutamente todos los circunstantes prorrumpieron, para formarse una idea de aquellos momentos tan extraordinariamente conmovedores. No podemos tampoco estampar una por una las frases tiernas y sentidas que se escapan de todos los labios. No hemos presenciado jamás escenas tan tiernas y profundamente conmovedoras.

En la conciencia de todos los que han conocido al virtuoso y nunca bien llorado cura Don Salvador Valera, está indeleblemente gravado que ocupa ya un señalado puesto entre los santos: todos lo creemos, sin excepcion alguna: así lo dicen las preciadas reliquias que todos hemos adquirido y que ya veneramos con íntima y profunda convicción: así lo pregonan las manifestaciones de estos días y el grito unánime de un pueblo. Oh! tenemos la confianza y seguridad, que las generaciones venideras,

ratificada la santidad de nuestro cura, por los llamados en la tierra á ello, lo adorarán libremente y con fé ciega en los altares. Tengamos fé y esperanza en Dios, que si en vida nos prestó consuelos y nos fortaleció en nuestras penas y aflicciones, desde la mansión de los justos, donde ya se encuentra, rogará á Dios por todos y muy especialmente, por su querido y amadisimo pueblo.

Nacido en humilde cuna
Oscura su vida fué,
Y si oscura fué al principio
Modesta siguió despues
Siendo, y amás de modesta
Tan llena de sencillez,
Que dechado de virtudes,
Y modelo de honradez
De todos sus compañeros
Mientras estudiante fué.

Después, siendo ya presbítero

Observó con rigidez
Los preceptos evangélicos.
Su caridad fué tambien
Tan ardiente y tan sincera
Que llegó más de una vez
El caso, (en el no era extraño)
De no tener que comer
Por haber dado á los pobres
Lo que tenía para él
En cóleras, terremotos,
Angel de consuelo fué
Para todo desvalido
Y para con todo aquel
Que le pedía ó lo buscaba.
Nunca se le llegó á ver
Ni en paseos ni en reuniones,
En fin, este Cura fué
Tan imitador de Cristo,
De su doctrina y su fé,
Que Dios, sin que quede duda
Lo llevó al cielo con él.

A LA MEMORIA

DEL SR. CURA

D. SALVADOR VALERA.

SONETO.

Admiro tu esplendor, brillante estrella;
Tu foco luminoso me estasia;
En mis sueños de niño de séé un día
De tu sullúrea luz seguir la diuella.
Tú, que de luces mil, radiante y bella
Con tu ráfaga lúcida eres guía,
Surgir podrás la tempestuosa via,
Y estallar en el aire cual centella.
Tú no temes del orbe el hundimiento,
Ni la furia impetuosa de Vulcano,
Ni el choque de los astros en el viento,
Ni aunque se empeñe poderosa mano
El dar con rudo golpe á tu cimiento,
Que un poder te sostiene sobre humano.

UN SANTO DEJA

LA TIERRA

PARA

TRASLADARSE AL CIELO.

La muerte de ciertos hombres no borra de la memoria de sus contemporáneos el grato recuerdo de sus virtudes, ni puede evitar que su nombre y la fama de las mismas se dilaten en el porvenir.

La negra Parca acaba de arrancar la vida forzosamente destinada á la muerte de nuestro Sor. Cura. No ha habido un Zeus piadoso que haya podido apartarle de dicho penoso trance,

Dios, El Criador y Ser Supremo de todas las cosas del universo ha dispuesto por uno

de sus altos designios que D. Savador Valera Parra pase á la mansion de los justos; á ese lugar que solo ocupan los que viven arreglados á la ley de Dios; á ese sitio solamente reservado á los elegidos.

Profunda pena aflige á todos los habitantes de este pueblo y comarcas que tienen conocimiento de la infausta nueva, pues era el sosten firme de los pobres y el asiduo y feliz consejero de todos. Su voz y su palabra siempre comunicantes, hacia buenos á los malos, mejores á los buenos y semisantos á los mejores.

Este pueblo amante de su Cura á oído con profundo y doloroso llanto el eco fatal de las campanas que anoche á las diez y media próximamente anunciaban la triste nueva.

No hubo un mortal que no acudiese á la casa de dicho señor con el objeto de mirar á quien no podia ver pues todos los alrededores en una grande estension se encontraban ocupados por una inmensa muchedumbre tan apiñada que se hacia imposible el paso por entre la misma; todos querian y deseaban besar si quiera aquella mano que

tan piadosa y caritativa fue en vida y con cuyo acto esperaban un consuelo para el mañana.

El invencible Heracles, tan amado por el señor del Olimpo, no pudo librarse de la muerte. Este Sr. Cura que de día y de noche velaba sin descanso al lado de su rebaño, que tanto le adoraba, ha sido víctima de las hijas de Erebo y de la Noche.

Nosotras que nada valemos, pero que sentimos de verdad dicha muerte, nos asociamos al comun sentimiento y demostramos nuestro dolor, nuestra pena y nuestra afliccion dedicandole estas cortas y mal pergeñadas lineas «á un santo en la tierra que á ido á ocupar su puesto en el cielo.»

EN LA MUERTE

DE ÉL SANTO

CURA VALERA,

Esos tristes lamentos de un pueblo
esas muestras de luto y dolor,
son de un Justo la santa diadema
que en lágrimas dulces engarza el amor.



Desde el valle á la cumbre nevada
desde el sabio al oscuro pastor,
tan solo repiten los ecos:
¡Murió nuestro Padre, al cielo voló!



Cual un Job maltrataba sus carnes,
cual Vicente su enseña era amor,
cual Martin si una capa tuviera,
aun sin partirla, la diera por Dios.



Su pureza de nítida nieve,
su modestia de tímida flor,

con destellos de mágico encanto
brilla en su frente cual fulgido Sol.



Siempre el pobre, el enfermo ó el tri-
ya el incrédulo ó el gran pecador,
encotraban amparo y consuelo,
paz en el alma, Fé y Contrición.



Cuando la Hostia elevaba en sus manos
cuando al Pueblo exhortaba su voz,
transportaba las almas al cielo,
oyendo los ángeles, viendose á Dios.



Si anhelaís evocar su sonrisa.
si del Santo quereis bendición,
imitad en la tierra su ejemplo,
amando á los pobres como él los amó.



Y en la losa que cubre sus restos,
grabaría la siguiente inscripción:
«El Santo Valera no ha muerto,
en Huércal existe sobre el corazón.»





